

# La esquina de doña Marina

Jesús Vicente García



I

En la esquina, un hombre mira hacia todos lados. No fuma, como los personajes de novelas o películas. Usa el celular cual si fuese parte inherente de sus manos, lo ve, lo manipula, lo envuelve, lo acaricia, lo aprieta, se lo pega a la oreja, habla, vuelve a verlo. Es de noche. El alumbrado público es casi inexistente. Será por eso que el hombre en la oscuridad y con el cel parece mago en escenario, en el cual sólo una luz se proyecta hacia él, aunque aquí es él quien la despide. Lo veo desde la esquina de Bolívar. Un camión foráneo estacionado me permite verlo sin que él me vea a mí. Delante de él, a mitad de calle, está el puesto de papas a la francesa y demás ricuras; su foco proporciona vida; y dos predios más allá, la tienda de Estela, la que abre de seis a doce de la noche.

A

En mi niñez jugábamos fut, carreterita, bote pateado, béis, tochitos de americano, coleadas, canicas, frontón, y había niños y niñas, no éramos como en esas películas gabachas en que los mocosos no aceptan a las niñas.

Había dos esquinas a las que confluíamos una vez terminado el juego; la ya señalada, la tienda de doña Marina, o en la de Navarrete y Viaducto, en la de don Chava, que en realidad se llamaba Los Muñecos. La de Marina nunca supe si tenía nombre propio, supongo que sí, no lo recuerdo. Y la calle la dividíamos igual en dos,

los de la esquina y los del Río, denominada así a los de Viaducto porque dicho cauce en su momento era eso, un río, luego se entubó, de eso hace muchos años, y hasta se cuentan historias de la Llorona y un hombre que se aparecía en la noche.

Esa niñez la pasé ahí con doña Marina. Aprendí a beber Coca Cola de a botella verde en la calle con los amiguitos: Pancho, Chucho, el Chiquis, el Sergio, el Pato, la Mujer Araña, el Armadillo, el Gordo, el Boli-llo, el Cobra y un sinfín de chavos. Doña Marina —de Xico, Veracruz—, era blanca, bajita, gordita, el cabello cano, anteojos verdes y de un caminar lento, de sube y baja. Alburera y malhablada. Iba a mi casa, le gustaba que le hicieran garnachas, ya sabes, tortillas fritas con frijoles, salsa, queso; igual que un sope, pero con tortilla. Llevaba una coca grandota, que en ese tiempo era de un litro. Y justo en esa esquina, ensayábamos los saltos con los patines de metal, imagínate el escándalo meta-lero, y Marina diciendo “¡cállense, chingaos chamacos

caguengues!”; “¡váyanse a lavarse la cola, cabrones!”; y no nos espantábamos, porque nos trataba bien y conocía a los padres de todos, así que cuando decíamos que íbamos a estar en la esquina de Marina, se quedaban tranquilos, con ella no pasaba nada malo, aunque nos regañara.

## II

Camino hacia la esquina en que está el hombre. Ese cruce que tiene historias que nadie ha dicho, que se han olvidado: José Toribio Medina y Manuel Navarrete. La esquina permite una visión múltiple, pero también quien esté en ella es visto desde diversos ángulos. Sigo sobre Toribio Medina. Atrás de mí escucho pasos, corren dos jóvenes. Uno le dice al otro que ya mero los alcanzan. No volteo, puede ser una treta. Me atravieso la calle. Pasan junto a mí. Voces agitadas. Corre, le dice uno al otro. ¿Por dónde? Por Navarrete.



Ilustraciones: Beatrix G. de Velasco

El hombre de la esquina, ahora lo veo más cerca, tiene una sudadera gris, mezclilla y tenis rojos. Al ver a los otros dos correr, él intenta esconderse en una cortina verde que hace años no abren, desde 1985, un auto da vuelta sobre Bolívar y se acerca a ese cruce. El de la sudadera se hace rosca. Yo sigo hacia los edificios de Navarrete 43. Una voz desde el auto grita: ¡allá van esos cabrones! Una mujer habla por cel cerca del zaguán y dice: están echando bala esos güeyes, mejor me meto. Yo me quedo estupefacto. ¿Balazos?

### B

En la otra esquina estaba la maderería, lugar de juegos nocturnos cuando los trabajadores acababan su jornada. Ese olor me transformaba. Saltábamos en las tablas de pino y caoba apiladas, eran unas verdaderas montañas, y era tan grande para nosotros que podíamos incluso jugar americano o fútbol. Pancho era el hijo de quien cuidaba el lugar, un señor de Chihuahua. Una vez, sentados en círculo, empezamos a preguntarnos de dónde eran los padres de cada uno, y Pancho dijo que su papá no era de México, sino de Chihuahua; por mucho tiempo no se la acabó, sobre todo con las cabuleadas de una niña que con el tiempo fue su novia. Pancho era delgado y alto, me rebasó en estatura, fuimos muy cuates, incluso hasta pasada la juventud, después se cambió de casa a la Álamos, nos veíamos un poco en las canchas de básquet —a las que voy con Basilio—, supe que se juntó con una chava y fin de la historia. La maderería siguió poco tiempo (durante años fui por madera, mi bóiler era de leña), luego fue mensajería, en la que trabajé dos años y en cuyo lugar se ejercía una fuerza centrífuga a las ocho de la mañana, todos nos alejábamos del centro hacia nuestras zonas, y a las cinco, la fuerza centrípeta, nos reuníamos en esa esquina, Toribio Medina y Manuel Navarrete.

### III

El metal de la puerta recibe algo y saca chispas, como flamitas. Me agacho. Las balas suenan y se ven. La calle está oscura por obra y magia de un gobierno que no da luz a los ciudadanos ni seguridad, de lo contrario

no estaría aquí agachado a un lado de un auto estacionado, con el miedo metido entre las tripas, cerca de esa mujer que algo dice en su celular y a mí me hace la seña de callarme, cuando soy yo quien está en silencio. Un carro se frena. En esos segundos siguen echando bala no sé hacia dónde y ya no sé si a mi zaguán, a ese 43 de Navarrete, o a la cortina verde en la que veía a la vieja Marina, dicharachera con sus gafas verdes. El auto arranca, las llantas rechinan. Veo que el de la sudadera se levanta, algo hace con su celular. Me ve. La voz de la mujer le recrimina y le exige que se largue de aquí, que esta calle no tiene por qué sufrir por su culpa. Unos vecinos del edificio de la contraesquina —que ahora es restaurante Fe de Neto's, antes eran abarrotes La Tapatía— acuden a curiosar. Rodean al tipo de sudadera. Lo hacen quitarse el gorro. Nadie lo conoce. Lo cercan. Lo encapsulan. Sirenas de policía se escuchan, llegan, preguntas, respuestas, aprehenden al susodicho, la esquina es un borlote, todos salen, todos vieron, todos saben, todos hablan del asunto como si hubieran estado. A mí todavía me zumban los oídos por las balas que se hicieron recuerdos de cuando estas cosas no pasaban en la esquina de mi casa.

### C

Vino el terremoto y doña Marina, un día de septiembre del 85, se fue en silencio. La tienda quedó abandonada. Así ha durado años, la cortina nadie la ha subido, como si fuese algo sagrado. A un lado, donde vivía ella, después le dio vida una señora que vendía sopes y quesadillas. Llegó mi juventud y ahí bebí cerveza muchas veces, con el Maquico, amigo de secundaria, quien después se fue. Un tiempo, esa esquina, a un lado de la otrora tienda, fue lugar de medicina alternativa, piedra de jade, masajes, centro de cómputo, vivieron personas medio guarras y ahora hay unos tipos que quién sabe qué hacen. También yo me fui.

Al regresar, recién casado, vi que a un lado ya había un taller mecánico. Ahora, don Marcos —un señor que siempre fue muy serio, al que veíamos llegar cual relojito a las ocho de la noche, en su camioneta azul, hombre alto, moreno, voz de mando, trabajador— toma el sol, fuma. Es el papá de dos amigos de infancia. Ya

usa bastón. Se sienta ahí todos los días. Se supo que doña Marina murió al poco tiempo de que se fue, no llegó a la década de los noventa. Su voz aún la recuerdo: “saco la lengua por un sobaco”; “paso, hijos”; “te gusta el camote, cabrón mocoso”; “¿fiarte?, como están las cosas, ni las nalgas, todo tiene precio, mi’jo”. Escupía frases (con una cerveza Victoria y fumando, su vicio era el cigarro) mientras despachaba Faros, Viceroy, Raleigh, Fiesta, Carmelitas, Alitas, refrescos de Coca de vidrio, dulces Chamoy, Lupita y Miguelito, cerillos de madera, y en la noche había señores bebiendo afuera de su tienda, después se iba a la pulquería Doy más a mí o a La Gatita Blanca. Ayudaba siempre que podía. Por ella, en aquel 1979, mi mamá y yo supimos de un cuarto que estaba vacío en esa vecindad que después

se convirtió en conjunto de edificios. Fue una tarde calurosa que en esa esquina mi mamá y yo, cansados de caminar, decidimos tomarnos un refresco (no se vendía agua; que el agua se vendiera era tan lejano como decir que se vendiera el aire) y Marina nos salvó.

#### IV

Entro a la casa, pálido del susto. Malena me dice que por qué no le llamé. Nos reímos al pensar al mismo tiempo que cómo iba a llamar en medio de las balas. Quizá como sistema de defensa, le platico todo esto, de que en esa esquina estaba doña Marina, la que además echó de cabeza a varias jóvenes por los novios “güevones” que tenían, que no tenía pelos en la lengua, decía

lo que pensaba y hablaba hasta por los codos, como yo ahora, que el susto me dio verborrea, como si hablar fuera un antídoto contra lo malo, yo no sé, pero hablo y hablo de la esquina, porque tengo lengua y lo más natural es hablar, como dice Javier Marías en *Tu rostro mañana*; todos comparten la lengua, porque “hablar, mucho más que pensar, es lo que tiene todo el mundo a su alcance” y sirve para todo; y “los únicos que no comparten la lengua son los vivos con los muertos”, y yo hablo para ver si lo que dice la literatura puede aplicarse a la realidad, a una esquina que tuvo esa vida, perros orinando, novios besándose, hombres fumando, bebiendo y que marcó una época de mi infancia, mientras Marina escuchaba radio AI, La Tropical Grande de México, en su aparato rojo con dos perillas y unas letras que decían AM, cantando (porque se le daba bien) algo de la Santanera o de Rigo Tovar, y echaba trago y humo y quizás eso era en efecto la felicidad, y que nadie lo sabe, pero puede encontrarse a la vuelta de la esquina. ■■■

